

La calle para el viernes 18 de enero de 2008
Diario de un espectador
Minucias aparentes
por miguel ángel granados chapa

En la línea de José Joaquín Fernández de Lizardi, El pensador mexicano, que publicó en 1815 un periódico llamado Alacena de frioleras, Andrés Henestrosa escribió una columna titulada Alacena de minucias, sostenida sin interrupción de 1951 a 1969 en las páginas de El Nacional, un diario propiedad gubernamental que pudo compensar la mala fe que en épocas distinguió su información, con etapas de gran importancia para la difusión cultural. A esta última misión correspondió el asombroso trabajo de Henestrosa, que en la brevedad de un texto periodístico, y con el apremio que resulta de la obligación de dar a la stampa un texto digno de lectura cada siete días, esbozó historias de la literatura, el periodismo, otras artes y la vida cotidiana como las que ahora se hacen al cobijo de las instituciones académicas.

Como ejemplo, para poner fin a este homenaje a Henestrosa, muerto la semana pasada a los 101 años de edad, he aquí una minucia extraída de dicha alacena que, como se ve, no tenía nada de trivialidad:

“Del antiguo barrio indígena ya no queda más que el nombre, Actipan. Grandes edificios, amplias calles, avenidas por las que transitan veloces automóviles, lo han transformado de tal manera que ya sólo por un esfuerzo de la imaginación puede reconstruirse. Allí vivió hace un cuarto de siglo Pablo Neruda; en una vieja casa que ya no queda, rodeada de árboles gigantes, se bautizó Cibeles Henestrosa; en sus cercanías, en una callecita de sólo unos cuantos metros, vive ahora el pintor húngaro Andrés Salgó. En una casita cuyo jardín recortó el urbanismo vive, centenario casi, Gilberto Chávez.

La otra mañana, tras de varios lustros de no verlo, me vinieron antojos de buscarlo. Tenía la idea de que su casa había desaparecido al trazarse las nuevas calles, al convertir el barrio en zona moderna; preguntando a los vecinos di con él. El solar se reduce ahora a la sola superficie de la casa; una casita mexicana por todos lados; pero ya no están en la puerta las jaulas de los pájaros que trinan; las tapias por donde andaban las lagartijas ya no están cubiertas de enredaderas; quedan sólo unas cuantas matas, unos tiestos, unos rosales, signos conmovedores de la casa mexicana, del barrio y de la provincia.

Pero queda allí, tal como hace un cuarto de siglo, don Gilberto Chávez, buen conversador, de mexicanísimo hablar; lleno de recuerdos de su pueblo natal, uno de Michoacán; como todo viejo, pronto a la evocación, al retorno a la niñez, aquella colina iluminada que dijo el poeta. Añora los años pasados en que podía, sin moverse de su casa, divisar desde la azotea los volcanes, las lejanías, la luz del valle de México. Ahora, aunque aun le queda alguna luz en los ojos, ya no podría gozar de aquel paisaje: el humo de las fábricas, los altos edificios, no se lo permiten. Pero describe aquel ambiente con lenguaje rico y abundante, como de hombre culto, delicado artista que es Gilberto Chávez.

Ya nada queda de su amado barrio, a no ser los cuadros en que lo pintó y redujo, más allá del tiempo y del espacio. Se distribuyen estos paisajes —acuarelas, óleos, dibujos— por toda la casa, con lo cual pudiera decirse que así el ambiente, la atmósfera del barrio desapareció en el exterior, ha quedado prisionero allí adentro y que Gilberto Chávez sigue gozándolo, recreándose con su presencia. La luz del Altiplano, que tanto atrajo ahora hace cien años a Zorrilla y que la describió embelesado, esta prodigiosa claridad llena de misterio que es la luz, monstruo contra el cual han luchado todos los pintores, la tiene en casa Gilberto Chávez, ordenada, sumisa en todas sus pinturas. Ya no tengo ojos, dice, sino muy pocos. Ya no tengo oídos, dice, sino escasos. Pero adivina, pero reconstruye los colores, pero los imagina”.